

el perfil de la nariz indeciso, sus labios gruesos, el contorno de su cara mas bien romano que griego, las estremidades finas, delicadas. Vestía una larga túnica de seda, ceñida por unas simples cintas anudadas en el talle.

A instancias de Mad. Beretta tomó un bocado de

sandía y un sorbo de *cherbet*. Semejante invitacion es muy honrosa en Turquía para la mujer, que no se considera digna de sentarse á la misma mesa de su marido ni de sus huéspedes.

A una señal de Djezerli trajeron el *leguenn* (lavabo) y luego nos condujo la armenia á una alta gale-



Dama armenia.

ría que dominaba el Cydaris para tomar el café y fumar.

Todas las mujeres turcas saben cantar: don Juan lo afirma y yo lo creo: porque el canto es una distraccion para el hastío y ellas se hastían.

Santiago, que habia leído á Byron, rogó, pues, á Nurmahal tuviera la bondad de amenizar la reunion

con el encanto de su voz, y la armenia; sin hacerse mucho de rogar, se dirigió hácia un voluminoso mueble que habia allí cubierto.

Apostaría á que habreis adivinado ya qué mueble fuera éste; pero he de decirlo sin embargo. El mueble era un piano, y ¡qué piano! ¡*Buyuk Alah!* un verdadero clavicordio. A los primeros acordes hubo

un estremecimiento general: todos reconocimos una romanza de nuestro amigo Nibelle. Yo habia visto á Scribe en el pais de Eschyles; pero oír un ritornelo francés en la tierra de Mahoma, esto me trasportó mas brutalmente aun al Occidente en medio de esas

epopeyas aldeaniles y de esas reuniones del género *curbitáceo*, en que la hija de la casa, con su voz guz-na de pato en muda, la cancion en moda en que la hija de la casa grita con su voz que muda la oda *eccurante*. ¡Oh civilizacion!



Monjes del convento de Balukli.

Bien se que esta gente, que no ha oído vuestra voz dulce y simpática subir en espiral armoniosa, me dirá: pero ¿qué poder tiene el sonido? Nada les responderé, porque yo no hablo para los sordos; pero lo que sí os afirmo es que á estas notas vulgares y ruines me volví hácia Djezerli á ver si tenia un frac con cola de bacalao, un chaleco muy corto y un pantalon muy estrecho; creia ver en el

pánoamá que se desenvolvía ante nosotros la vista de los cerrillos Montmartre y me pareció oír...

Santiago me aseguraba despues que Nurmahal tenia una voz encantadora, que el piano era excelente, la romanza adorable y que mi mal humor era debido al opio que contiene el tabaco de Levante, opio poético que prueba una vez mas á los incorregibles materialistas que nuestros ojos y oídos no son

mas que humildes servidores de nuestra imaginación.

Cuando pasó la hora del calor, Djezerli mandó traer caballos y un *talika* (carruaje de un solo caballo), y seguimos la pradera de *Hiaat-Hane*.

La tarde era admirable y la luz mas suave bañaba con sus argentadas ondas el inmenso paisaje en cuyo fondo se destaca la mezquita de Eyub.

Así caminábamos al paso por la estrecha senda llena de paseantes. ¡Guarda! gritaban de vez en cuando los *karas* y los *sais*. Y á este grito, las mujeres turcas envueltas en sus *feredjes* se ladeaban lentamente con ese paso de ocas que les es tan peculiar. En los lados bajos los *arabas* tirados pesadamente por bueyes y sacudidos por las desigualdades del terreno, gemían en medio de los arres de los gañanes, formando una confusión verdaderamente oriental.

Nurmahal mandó detener el *talika* delante de una cuadrilla de músicos que con un rabel, una como flauta y un tamboril, acompañaban un canto nasal, especie de mahullido melancólico y bárbaro.

Esta vez estábamos bien lejos de Europa y podíamos recitar la estrofa del poeta alemán:

«Adieu, salons polis!
Homme polis! dames polies!
Je viens voir les pays inconnus,
Et laisser bien loin sous mes pieds votre fourmilère (1)»

Mad. Beretta, para trasportarnos á Occidente propuso una visita á la iglesia de Baloukli y á sus milagrosos peces. Adoptado el proyecto, nuestra pequeña caravana se desvió, atravesó el Eyud, y siguiendo á lo largo de los muros de Constantino, nos condujo á la entrada de monasterio bizantino.

Este edificio está medio arruinado. Los largos vástagos de las vides y los nervios de las enredaderas se entrelazan como para sostener sus viejos muros. Para penetrar en él hay que levantar esta cortina vegetal, como un *portier*, y en el patio se hunden bajo los pies las desunidas baldosas.

Yo no penetro nunca sin emoción en un edificio arruinado; pero mi emoción menos proviene de la

(1) Adios salones cultos, hombres cultos, mujeres cultas. Voy á ver desconocidos países, y á dejar muy lejos de mí vuestro hormiguero.

vista de las ruinas que del temor de ver reparaciones. ¿Por qué reparar lo que no tiene ya razón de ser?

Dejemos que caigan por su propio peso los edificios viejos: admiremos en ellos la poesía, pero no los restauremos. Hé aquí el defecto del monasterio de Baluskli, como el de otros tantos. La creencia se va, y quiere hacer milagros para retenerla. ¡Vana charlatanería!

El milagro de Balukli es el *Agiashma*, ó la Fuente santa.

«En el momento en que Mahomet II entraba en la ciudad de los emperadores, dice la leyenda, un monje de San Basilio estaba friendo peces, y una voz, de lo alto, le dijo:

—Deja la sartén, porque los turcos han tomado la ciudad.

—Cuando resuciten estos peces saltando fuera de la sartén, entonces te creeré, respondió el monje.

Los peces resucitaron, y saltando fuera de la sartén, fueron á sumergirse y á nadar en la fuente de Baluskli.»

Dicha leyenda cuesta dos piastras con una imagen, y el monje que la vende conduciéndonos á la fuente, añade: *Idos psari effendi* (Ved los peces, effendi). Y son tan inteligentes estos peces, que no enseñan el lado rojo, el lado frito, hasta que se echa en la pila una moneda de plata.

Este pequeño tráfico produce anualmente una suma bastante redonda, que se emplea en sobrecargar de grotescos adornos á la Panagia (á la Virgen).

Cuando salimos de Balukli, caía ya el sol rápidamente: grandes fajas violáceas atravesaban el cielo por encima de Stambul; las cúpulas de las mezquitas resplandecían vivamente á los últimos rayos de la luz del día. Entonces nos despedimos de los armenios y regresamos á Pera.

Hoy os escribo esta carta en el café de los *teriakis* ó fumadores de opio. Santiago toma un sorbete de *hatchich*. ¡Que éste brevaie prolongue sus dulces sueños. En cuanto á mí, permitid, señora, que os dirija mis mas humildes *temenas*.

A. PRUST.

INDICE.

VIAJE Á TÚNEZ, AFRICA DEL NORTE, por Mr. AMABLE CRAPELET.—1859.	
De Marsella á Túnez.—La Goleta.—El lago de Túnez.—Arribo.—El consulado.—Preparativos de fiesta.—Una sociedad francesa.—Historia de Túnez.—Calles, plazas, mezquitas, bazares.—Encuentro de dos moros.—Proverbios tunecinos.—Cuarteles ó barrios.—Monumentos.—Residencia del bey.—Las Casas.—Casas de campo.—Las fiestas.—Los cementerios.—La camilla.—Division administrativa.—Poblacion.—Gobierno.—Justicia.—Juicios.—Castigos.—Paseos.—Anden de la Marina.—Mision.—Pueblo de los Zaghuan.—Manantial.—El templo.—Un cuento en el adhuar.—Una aventura.—Ruinas del Djugar.—Acueducto de Cartago.—Otro encuentro.—Vuelta.	1
VIAJE Á TAKA, (ALTA NUBIA) por Mr. GUILLERMO LEJEAN.—1864.	
Camino de Sauaken.—La Khala.—Fillik.—Un cónsul muerto y resucitado.—Mallen Chirghis.— <i>Alla franca</i> .—Un abisinio principal y un vagabundo francés.—El jeque de los Hadenddas: política egipcia.—Una mujer de buen consejo.—El honor de la bandera egipcia.—El monte Khasala el-Luz.—El rio Gach.—Paseo al Abu-Gamel.—El Ocher.—Consejos para hallar agua en el desierto.—Un bandido caballero: El hijo del leopardo.—La carabina de madama Baker.—Lo que cuesta en el Sudan ser hombre de bien.—Noticias de Khartum.—Esclavitud.—Caza de negros hecha oficialmente.—Miseria.—Derrotas.—Desembarcos.—Informes sobre los denkas.—Los takarir.—Noticias de Eduardo Bogel.—Partida para Massaúa.—Sabterat.—Drama doméstico.—Visita de un leon.—Discurso clásico Algheden.—Llanura de Bicha.—Tribus nubianas.—Hallenga.—Habab.—Belaú y Hafara.—Ad-Cheikb.—Un apóstol musulman.—Chumaglié y Tigré.—Bicha.—Dunkuas.—Curso y panorama del Barka.—Proyecto gigantesco de ferro-carril.—El Dum.—Barea.—Costumbres extrañas.—Lagos Balaghiuda.—Otro leon.—Takrurit.—Sulib.—Telhaghié.—Espedición misteriosa.—Karóvel.—Una escaramuza.—Un poeta bandido.—El Zadamba.—Un gran baron abisinio.—El Sannheit.—Visitas.—El duque Ernesto.—Beugú.—Llegada á Keren.—Los bogos.—Leyendas.—Guebra Terké.—Estado actual.—Costumbres particulares.—Precio de la sangre.—Cristianismo.—El padre Stella.—Su historia.—Su apostolado.—Recientes desgracias de los bogos.—Invasion de 1854.—Intervencion y reparaciones.—El buey Apis y su calembur.—17,000 francos de indemnizacion.—Canto bogo.—Incidentes.—Un dolman.—Una serpiente.—Historia de un cónsul y de un leopardo.—Mis abisinias no quieren ser robadas.—Rapto de niños.—Partida para Massaúa.—Ainsaba.—Torrentes.—El Mensa.—El Sambar.—Estudios retrospectivos.—Una página de Artemidoro con su comentario.—Langostas.—Amba.—Desset.—Sepulcros antiguos.—Los rom.—Un ayax africano.—Escursion á Ailat.—Aguas termales.—Soati: el café salobre.—Monkullo.—Aguadores.—Monseñor Massafa.—Partida de Monkullo.—Las choras.—Massaúa: estructura geográfica.—Cisternas.—Nombre y origen de Massaúa.—Saba.—Los banianqs.—La libertad de cultos amenazada por los perros de Mr. Delmonte.—Las misiones de Massaúa.—Un capuchino duelista.—Clima de Massaúa.—Mi buen retiro.—Mr. Barroni: su enérgica lucha sobre la trata.—Brea francesa.—Un poco de historia.—Los gobernadores de Massaúa: chismografía y vejaciones.—Ibrain: su fin trágico.—Un poeta turco.—Paseos alrededor de Massaúa.—El monte Ghedem.—Arkiko y sus príncipes.—Dessi: posesiones francesas.—Conclusion.	33
VIAJE Á LA NUEVA-ZELANDA, por Mr. FERNANDO HOCHSTETTER.—1858-1860.	
LA NUEVA-ZELANDAA.—«LA NOVARA» Y LA RADA DE AUCKLAND.—La ciudad de Auckland.—Su distrito.—Lo que sus habitantes llaman la campiña.—El istmo de Auckland.—Volcanes.—Indígenas.—Los bosques de kauris.—Viaje al Waikato.—El Waikato.—La mision de Taupiri.—Encuentro con indígenas.—La region de los volcanes, de las aguas termales y geysers.—El lago Taupo y el Te-Ta-Rata.—Invitacion de un jefe cristianizado.—Visita al rey de la paz.—Ojeada sobre el pasado y presente de la raza maorí.—Vuelta á Auckland.—Flora y fauno de la Nueva-Zelanda.—Escursion á la gran isla del Sur.—El estrecho de Cook.—Nelson y su territorio.—Los Alpes y los ventisqueros del Sur.—Otago.—Sus riquezas auríferas, etc.	93
EL SPITZBERG, por Mr. CARLOS MARTINS.—1838-1839.	
Descubrimiento y exploraciones de Spitzberg.—Clima del Spitzberg.—Constitucion física y geológica del Spitzberg.—Flora del Spitzberg.—Fauna del Spitzberg.—Mamíferos.—Pájaros.	141
VIAJE Á LAS ISLAS DE BORNEO.—1847-1852.	
Situacion.—Estension.—Poblacion.—Fauno.—Aspecto de sus costas.—Llanuras interiores.—Rios.—Divisiones administrativas.—Rio y ciudad de Banjermasing.	173